

Vida y dialéctica del sujeto: la controversia de la modernidad. Eduardo Álvarez González.

Colección Razón y Sociedad, dirigida por Jacobo Muñoz. Biblioteca Nueva, S. L. Madrid, 2013. Nº de páginas: 576. ISBN: 978-84-9940-501-8.

Por Luis Álvarez Falcón

Con el rótulo de la colección *Razón y Sociedad*, bajo la dirección de Jacobo Muñoz, Biblioteca Nueva y las Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid publican la obra de Eduardo Álvarez. Si bien su subtítulo anuncia una polémica, es su título el que advierte del problema: Vida y dialéctica del sujeto. En esta ocasión, tal como ha ocurrido en la segunda mitad del siglo XX, la evolución del concepto de subjetividad pone en juego las diferentes sistematizaciones que la historia del pensamiento occidental ha propuesto. Sus consecuencias en los ámbitos de la gnoseología, de la antropología, de la moral y de la política, marcan un derrotero lleno de dificultades, conflictos y contrariedades. No nos sorprende, pues, que el autor haya elegido el término “controversia” para designar el viejo litigio que dio origen a la modernidad desde la afirmación cartesiana del sujeto.



No es habitual encontrar una discusión tan prolija y detallada, presentada en forma de tratado como si de un compendio exhaustivo se tratase. Y es que su género de exposición recuerda a las antiguas compilaciones, cuya doctrina filosófica se basa en la codificación histórica y en la exigencia de un imperativo didáctico del discurso. Su modo de presentación muestra los rasgos propedéuticos de una investigación filosófica sistemática, rigurosa y reposada. No es de extrañar que el lector tenga la primera impresión de estar emplazado ante un manual, cuyas enseñanzas podrían, ciertamente, imponerse en virtud de la autoridad intelectual que se exhibe y de su innegable valor conclusivo. Si bien su forma de exposición, la sobriedad de su prosa, la precisión de su terminología, su estructura sistemática y su desarrollo diacrónico no ocultan este tono didáctico del discurso, sin embargo, el largo despliegue de su orden conceptual nos muestra la unidad crítica de sus tesis de partida, generando doctrina más allá de una mera presentación y de las relaciones esenciales que puedan ser descritas con pulcra y cuidada erudición.

Eduardo Álvarez González, profesor titular del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid desde 1994, se ocupa del área de Antropología Filosófica. La Editorial Trotta publicó en el año 2000 su introducción al pensamiento de Hegel: *El saber del hombre* (Ed. Trotta, Madrid, 2000). Tres años después, en el 2003, la U.A.M. publicaba *La teoría del concepto en la filosofía de Hegel* (UAM, Madrid, 2003), un trabajo muy

destacable en su trayectoria intelectual. En el año 2007, en el número 15 de EIKASIA, Revista de filosofía (<http://www.revistadefilosofia.org/numero15.htm>), aparecía su contribución a las jornadas “La Fenomenología del Espíritu: 200 años después”, que la Sociedad Asturiana de Filosofía (S.A.F.) había organizado en colaboración con la Universidad de Oviedo. Esta vez el título de su contribución fue «La génesis de la subjetividad: vida y autoconciencia en la fenomenología del espíritu de Hegel». Con un especial dominio y con una rigurosa elocuencia, en esta ocasión el autor nos ubicaba la naturaleza de la subjetividad y de la experiencia humana. Sus últimas líneas nos mostraban esta reubicación de forma patente: “Por lo tanto, podemos entender la historia de la experiencia humana, reinterpretada especulativamente, como el relato de las aventuras y desventuras de la conciencia, que sostiene el esfuerzo indefinido de la subjetividad por reconciliarse con su mundo y consigo. En ello podemos advertir el sentido trágico de esta figura, que convierte la contradicción en su esencia. Porque el momento de la escisión, no sólo con el objeto, sino también como división interior al yo, es consustancial a la subjetividad y expresa la inquietud que impulsa el movimiento del espíritu. Ahora bien, la conciencia desgraciada aísla ese momento y fija en él la esencia de la autoconciencia. Y ello nos da una clave del significado de la subjetividad humana, cuyo impulso encierra también el anhelo por superar esa desdicha” (EIKASIA, No. 15, año 2007; p.135).

La forma de expresión a la que Eduardo Álvarez nos tiene acostumbrados exhibe a la vez el rigor propio de un intelectual y la intuición del filósofo. La convergencia de ambos indicios no es muy habitual de ver, familiarizados como estamos a otro tipo de discursos. Es muy de agradecer por su parte el doble obsequio que nos hace: el placer de su lectura y los recursos que proporciona. Esta última cuestión será decisiva en el caso de *Vida y dialéctica del sujeto. La controversia de la modernidad*. En un momento histórico donde se cuestiona el estatuto mismo de la Filosofía y su inclusión en la educación y en la sociedad, los discursos repletos de recursos sirven para que la doctrina y la historia de sus ideas nos impongan la crítica necesaria para ejercer nuestra responsabilidad, al menos como profesionales, y por supuesto como filósofos. Este es un mérito incuestionable en Eduardo Álvarez, y como tal hay que reconocerlo.

Vida y dialéctica del sujeto es un rápido recorrido que muestra el estado de la cuestión en sus propios términos: vida, dialéctica, sujeto. Esta cadena triangular exige la necesaria aparición de los actores de este altercado: desde el racionalismo y el idealismo trascendental hasta la fenomenología, pasando por el romanticismo alemán y su deriva sobre la vida del espíritu, sin olvidar la recuperación de este discurso en la denominada “posmodernidad”. Lo primero que le sobreviene al lector al hojear la densidad del volumen es la sensación de que en su lectura va a encontrar un aprendizaje. Y esto no es desdeñable, al menos cuando se reconoce la docta ignorancia en la que nos ha sumido el discurso de la “tardomodernidad”.

En una afinada y ordenada introducción, bajo el enunciado «Consideraciones y problemas en torno a la concepción del sujeto moderno», el profesor Álvarez nos descubre sus intenciones. El problema de la condición del

sujeto, su génesis y su cuestionamiento como principio filosófico, ha sobrepasado la disputa metafísica sobre el conocimiento para terminar reordenando su sentido antropológico, moral, político y cultural, poniendo en tela de juicio el estatuto mismo de la filosofía en los avatares de la modernidad. Siete consideraciones críticas nos adelantan el despliegue del reordenamiento que vendrá a continuación. En primer lugar, el origen metafísico –ontológico– de este giro hacia la subjetividad, avalado, como no podía ser de otra forma, por el programa del cartesianismo, que recorrerá el curso histórico hasta la fenomenología. El sujeto metafísico se convertirá en sujeto de conocimiento, en actividad de pensamiento, y su primado ontológico derivará en actividad de pensar. Álvarez González nos advertirá de las consecuencias que las hipóstasis terminológicas traerán en las diferentes *metábasis*, transcategorizaciones, confusiones de niveles, que se habrán puesto en juego a partir de esta concepción moderna del problema: yo, ego, cogito, sujeto, subjetividad, conciencia, etc.

En segundo lugar, la centralidad asignada al sujeto, que a partir de este momento entrañará un antropocentrismo, y que, probablemente, derivará en un antropomorfismo reduccionista. Nos alejará del sustancialismo heredado y nos acercará al dinamismo interno que parece constituir la naturaleza del sujeto. El significado cósmico y la actividad en la que se resuelve quedarán confundidos en una concepción de la sustancia-sujeto como resultado positivo de la negatividad infinita. Y aquí resonará el lamento hegeliano.

A continuación, y en tercer lugar, como consecuencia de las dos consideraciones anteriores, la actividad de la conciencia aparecerá como un elemento creativo y dinámico constituyente, potencia y voluntad. De ahí la referencia leibniziana de la interpretación de la actividad como fuerza, determinada como «*perceptio*» y «*appetitus*». Y aquí resonará la anticipación de la subjetividad que el propio Kant tematizará en la facultad de juzgar (*Urteilkraft*). El sujeto, tal como describe Eduardo Álvarez, consistirá en “la actividad que él mismo desencadena produciendo efectos, así como en las consecuencias objetivadoras que sobre él hace revertir la acción” (pág. 18). Esta actividad dinámica será dialéctica. Será la expresión práctica del yo en la transformación técnica, en el proceso de simbolización y, en consecuencia, en la Institución (*Stiftung*), ésta última en el sentido más fenomenológico. Fichte y Hegel unificarán los dos momentos de la unidad del yo, y el materialismo dialéctico descentrará este sujeto en la praxis, tal como describe el autor en el capítulo 5 de la segunda parte. La voluntad aparecerá tematizada en la tercera parte de la obra, al interpretar a Schopenhauer y Nietzsche. En el capítulo 8 la interpretación del romanticismo alemán nos llevará desde Hegel, Herder o Schlegel hasta Darwin, Marx y Nietzsche. Su lectura resultará muy ilustrativa y con una profunda intuición descriptiva, original y con rigor. Este epígrafe, el 8.1., dará paso al despliegue de Dilthey, Ortega, Max Scheler y Plessner. Será la antesala de la inmersión fenomenológica que veremos en la Cuarta parte, la dedicada a la discusión sobre el sujeto en la fenomenología. Es de destacar, pues, que esta aproximación tan fina constituye la parte central de *Vida y dialéctica del sujeto*. El autor sabe utilizar esta parte como zona de intermediación en la estructura de su obra.

En cuarto lugar, y volviendo a las consideraciones de la introducción, tras el origen metafísico – ontológico– del giro hacia la subjetividad, la centralidad del sujeto y la dinámica de su actividad, Eduardo Álvarez se detendrá en la consecuencia de este dinamismo: la reflexión. La autoconciencia y el proceso autorreflexivo interminable nos conducirá al cuestionamiento de la esencia del humanismo, con una clara alusión comprometida a Heidegger y al cuestionamiento del modelo clásico de humanismo y, probablemente, a la disputa sobre el estatuto de la propia filosofía.

A continuación, en quinto lugar, el autor va a considerar el giro gnoseológico de la modernidad en términos de interioridad y exterioridad. La autonomía del sujeto será necesariamente el discurso de su sexta consideración. La interioridad de la conciencia y la exterioridad del objeto aparecerán como dos límites hipostasiados. La raíz solipsista de la filosofía moderna nos recuerda de nuevo los puentes rotos sobre la realidad, tal como Descartes, Berkeley, David Hume y Husserl, entre otros, harán constar. La hipertrofia de la subjetividad como sujeto activo nos conducirá al Ego trascendental, o a la confusa noción de un sujeto transindividual capaz de dar sentido universal y necesario, eidético en definitiva, a su experiencia, distinguiéndose del individuo diferenciado con su experiencia particular y contingente (pág. 32). La asunción de la temporalidad determinará las diferentes posiciones teóricas, y la historicidad aparecerá como un síntoma de confusión. Lugar y tiempo configuran históricamente la experiencia de un sujeto, la dinámica de su existencia, determinada a su vez por la lógica del espíritu como sombra del espíritu absoluto. El sarcófago cogitativo que Descartes soñara en la Poêle, en los cuarteles de invierno, terminará por devorar la vida, en su sentido más radical. La filosofía, una vez más, tratará de salir de esta clausura. Toda una tradición ligada a la *Lebensphilosophie* intentará superar la interioridad de la conciencia en el espacio intersubjetivo y social, desarrollando una reflexión para la que la comprensión del sujeto como vida no implica su disolución en ella.

La sexta consideración de Eduardo Álvarez nos llevará a la anunciada autonomía del sujeto. El paradigma moderno del sujeto autónomo pondrá en entredicho la herencia humanista y la metafísica de la subjetividad. Una determinada concepción de la dialéctica marcará el conflicto surgido entre dos modelos distintos de genealogía en relación con la crisis de la modernidad, y el dominio de la técnica aparecerá en la discusión bajo las sombras de la Escuela de Frankfurt y del propio Heidegger. La controversia sobre el sujeto vendrá determinada por estos dos modelos y por el conflicto surgido entre ellos.

Por último, y siguiendo la lógica del *ordo doctrinae*, la misma interioridad de la conciencia derivará en el sentido de lo íntimo y lo privado, asociados a la dimensión del sujeto como individuo. La mencionada autonomía del sujeto derivará en independencia. Un creciente empuje de individualismo, anunciado ya por las preocupaciones de la filosofía existencial, terminará haciendo bascular la controversia en la disolución del problema. Toda una retórica de la autenticidad impregnará un peligroso discurso dominado por un contexto social hedonista, un pluralismo

tolerante, un sincretismo ideológico y un individualismo práctico, ingredientes últimos del concepto de sujeto en la “tardomodernidad”.

A partir de estas siete consideraciones, Eduardo Álvarez González desplegará su anunciada geometría de ideas. En su estructura expositiva quedará impresa su propuesta teórica, radicalmente filosófica. Pese a la división de la obra en cinco partes y trece capítulos, sus consideraciones preliminares darán consistencia a dos grandes secciones, un eje vertebrador, y una última adenda que coincide temporalmente con las insuficiencias del pensamiento “posmoderno”.

El añadido que conforma la quinta parte de *Vida y dialéctica del sujeto* chirría, en cierto modo, tras la discusión sobre el sujeto en la fenomenología. No tanto por parecer estar fuera de lugar en el *ordo inventionis* de la obra como por mostrar el signo de una época de crisis y confusión. Quizá esta asonancia nos deba emplazar a repensar de nuevo el derrotero mismo de la filosofía en el ocaso del sujeto trascendental y en la recuperación del discurso marxista sobre el sujeto. Me permito la licencia de sugerir que esta quinta parte, fundamental para comprender las tesis que sostienen la obra, debería ser algo así como un anexo, no por falta de relevancia en la arquitectónica expuesta, sino por ser el fiel reflejo de la maraña inconclusa que caracteriza a la controversia contemporánea, anunciada ya en los albores del siglo XVII. Las siete secciones que ocupan esta quinta parte dejan perplejo al lector. Esta no es una responsabilidad del autor, sino que se presenta como la insuficiencia propia del devenir histórico del pensamiento tras la modernidad. El epígrafe 13.1, la reconsideración en clave dialéctica del proyecto moderno del sujeto, sus pretensiones y dificultades, es clave tanto para entender esta sensación de discordancia como para advertir la dificultad del autor en la ubicación de este *impase* histórico. El autor comienza este único capítulo de la última parte con estas palabras: “Una sucinta recapitulación de lo desarrollado hasta aquí nos obliga a dirigir de nuevo nuestra atención a ciertos momentos fundamentales”. Y una vez recordado este asunto, Eduardo Álvarez terminará aproximándose a Adorno y Horkheimer, Heidegger en el contexto, y Derrida y Foucault. Esta quinta parte ocupará tan sólo cincuenta páginas de las quinientas setenta que componen la obra.

Tal como hemos mencionado, dos grandes secciones y un eje vertebrador dan consistencia a *Vida y dialéctica del sujeto*. Las dos primeras partes, las dedicadas a Descartes, Kant y el idealismo alemán, y Hegel y el romanticismo, son la base sólida del libro que reseñamos. La mencionada aproximación al sujeto en cuanto viviente, la tercera parte, punto de inflexión de la obra, vertebrará el paso a la parte dedicada a la discusión sobre el sujeto en la fenomenología y a su deriva existencial, mostrando el grado de compromiso filosófico del autor.

El grueso del inicio del libro, sus cinco primeros capítulos, resulta impecable y constituye una lección de filosofía. Los cuatro capítulos que configuran la aproximación del autor a la fenomenología, la cuarta parte del libro, se inicia con una reelaboración de un artículo que pudimos leer en el número 8 de *Investigaciones Fenomenológicas* (http://www.uned.es/dpto_fim/InvFen/InvFen08/indice.html), el órgano de la Sociedad Española de Fenomenología

(SEFE). En aquella ocasión, Eduardo Álvarez nos adelantaba su interpretación del sujeto en el pensamiento de Husserl. En esta ocasión acompañará el análisis con sus aproximaciones a Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty. De este modo, el mosaico mostrará el trabajo continuado que el autor ha llevado a cabo desde el 2007 hasta el 2011, tanto en publicaciones nacionales como internacionales.

La lectura del capítulo 9 es ya de por sí un placer y nos descubre unas muy acertadas referencias bibliográficas: Javier San Martín, Fernando Montero, Agustín Serrano de Haro, Roberto Walton, César Moreno, Antonio Ziri6n, adem6s de algunas traducciones al castellano muy relevantes y unas constantes referencias al contexto te6rico. Su lectura nos remite a la *Krisis*, a *Ideas I* y a las *Meditaciones*. Las consecuencias ontol6gicas que conlleva la comprensi6n de los dinamismos subjetivos y de la naturaleza misma de la subjetividad en la reducci6n fenomenol6gica ser6n determinantes para entender al Husserl m6s program6tico.

En el a6o siguiente al centenario de *Ideas para una fenomenolog6a pura*, en un momento decisivo para la fenomenolog6a y para una filosof6a fenomenol6gica, la interpretaci6n de Eduardo Álvarez nos pone de nuevo ante las dificultades program6ticas y las exigencias puramente filos6ficas. Tanto la reducci6n trascendental como la reducci6n eid6tica nos muestran la hipertrofia y la atrofia de la subjetividad en una escala de registros fenomenol6gicos diferentes. La fenomenolog6a de hoy reordena la noci6n de subjetividad en una arquitect6nica no eid6tica, puramente fenomenol6gica. Es preciso resolver la controversia de la modernidad en una reubicaci6n de los niveles de an6lisis en cada caso. Eduardo Álvarez nos muestra este devenir de contradicciones y deformaciones de la vida y la dial6ctica del sujeto. No es necesario subrayar que lo hace con especial erudici6n cuando se aproxima a Merleau-Ponty.

Especial patencia cobra esta expresi6n al terminar la cuarta parte del libro, enfrentando la dial6ctica a la fenomenolog6a, y no al rev6s. Son elocuentes sus palabras al principio del ep6grafe 12.8. Bajo el t6tulo «A modo de cr6tica: la dial6ctica frente a la fenomenolog6a», el autor es tajante en su compromiso filos6fico: “A nosotros nos parece, sin embargo, que estas consideraciones dial6cticas, que Merleau-Ponty tiende a explicar en clave fenomenol6gica, en lo esencial se encuentran ya en el acervo de la filosof6a dial6ctica” (p6g. 517). El final nos inquieta cuando nos plantea la cr6tica del enfoque fenomenol6gico. Seg6n mi modesto parecer, no quedan claros los t6rminos del enfrentamiento entre la fenomenolog6a de hoy y una dial6ctica de tipo materialista. De uno u otro modo, Eduardo Álvarez nos muestra las diferentes *met6basis*, las diversas confusiones de niveles, de escalas en las que aparecen los fen6menos, o r6gimenes de realidad, que distinguen los niveles de subjetivaci6n desplegados a lo largo de esta exposici6n. Se agradece su sinceridad al respecto, aunque sus consideraciones puedan ser discutibles en algunos casos. La opci6n del idealismo fenomenol6gico ha de ser puesta en tela de juicio, c6mo no. La p6rdida de *lo hyl6tico*, olvidado en la esfera de lo inmanente, la ausencia de disociaci6n entre eid6tica e intencionalidad, y la absolutizaci6n de la subjetividad por cancelaci6n de toda facticidad en el nivel originario, nos muestran una

fenomenología clásica que propicia el idealismo, escindiendo la realidad en dos grandes regiones: conciencia pura y realidad natural. Y tenemos serias razones para sospechar que la fenomenología de hoy, o *La philosophie aujourd'hui*, tal como reza el título del curso que Merleau-Ponty impartió en el Colegio de Francia, en 1959, amplía esta concepción de la subjetividad, dilatando la discusión sobre el sujeto más allá de los cauces programáticos.

Vida y dialéctica del sujeto: la controversia de la modernidad es una buena referencia bibliográfica para el estudio. Su sesudo desarrollo histórico nos emplaza para iniciar de nuevo una discusión que cuestiona, en la mayor parte de las ocasiones, el estatuto mismo de la filosofía. Por ello, la obra de Eduardo Álvarez constituye una llamada de atención para todos aquellos que, en nuestra observancia, no cejamos en el empeño de restituir el pensamiento en el devenir mismo de las ideas, exhibiendo asombro y cautela, rigor e intuición, cualidades que el autor nos muestra en esta permanente controversia en la que se ha convertido el pensamiento de hoy.

